

## ¿HACIA DÓNDE VA NUESTRO IDIOMA?\*

Humberto López Morales  
Secretario General de la Asociación de  
Academias de la Lengua Española

Lima está habitada por “grandes caballeros lustrosos y muy ricos, gente valerosa y arriscada, y las damas criollas muy cortesanias y gallardas, muy instruidas en el canto y música, y en gran manera discretas”. Eso escribía en su momento Bernardo de Vargas Manchuca, que no ocultaba la admiración que tenía por su ciudad, en contraste con una cierta rudeza que creía advertir en muchos peninsulares. Los textos de figuras cumbres de la producción literaria de la época, Diego Mejía y el Príncipe de Esquilache, por ejemplo, así lo corroboran. Tenían razón: Lima funda su Universidad, la primera del Nuevo Mundo, en 1551, establece la imprenta en 1584 e inaugura su primer teatro público en 1602.

Desde aquellos tiempos iniciales, en que Fray Tomás de San Martín solicita fundar un Estudio General en la capital del Virreinato, hasta ahora, el devenir histórico, siempre brillante, de la hoy Universidad Nacional Mayor de San Marcos ha dejado tras sí una estela incomparable de éxitos. Solo basta

---

\* Discurso en ocasión de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Decana de América.

con revisar sucintamente las gruesas listas de sanmarquinos ilustres para concluir que fue —y sigue siendo— faro de las ciencias y las artes, no solo en el Perú, sino en toda América.

Hoy, esta prestigiosísima Casa de estudios, tan cargada de historia y de brillo constante, me hace el honor inmerecido de recibirme en su seno, en calidad de *Doctor honoris causa*. Es mucho más de lo que pude haber soñado. Gracias a la generosidad de mis colegas, en especial de mi padrino, Don Marco Martos, ese anhelo se hace realidad. Y heme aquí, anonadado y perplejo, pero jubiloso y entusiasmado. En estos momentos de dicha solo sale de mi corazón una palabra, gracias, quizás la más hermosa de todo nuestro acervo léxico. Es muy alto el honor que recibo, Soy consciente de ello. Prometo solemnemente estudiar y trabajar cuanto pueda para hacerme acreedor de tal distinción. En mi persona encontrará de continuo esta nobilísima Casa un humilde colaborador, un servidor entusiasta, una voz que en el otro lado del Atlántico y donde quiera que esté proclamará con orgullo su pertenencia a la San Marcos. De nuevo, y otra vez habla el corazón, gracias, muchas gracias.

\* \* \* \*

El español se ha convertido en la segunda lengua de comunicación internacional. Nuestra lengua es hoy lo que es, por la cantidad de hablantes de que dispone, por la relativa homogeneidad lingüística de que goza, por el protagonismo innegable que ostenta en cientos de universidades, en centenares de periódicos de difusión internacional, en poderosas cadenas radiofónicas y de televisión; a todo ello se une hoy un tránsito que —por fortuna— empieza a congestionarse en las autopistas informáticas.

En efecto, es una lengua hablada por muchas gentes en diversos países del mundo. El dato cuantitativo no tendría tanta importancia si todos estos hablantes —ya bastantes más de 400 millones— pertenecieran a una misma entidad política nacional, pero se trata de una amplia dispersión que abarca 17 países que la tienen como lengua oficial única (aunque en algunos casos, como el de México, este hecho no tenga constatación en sus respectivas constituciones), y otros cuatro —Perú, Paraguay, Puerto Rico y Guinea Ecuatorial—, en los que es lengua cooficial.

Claro que estos hechos no son capaces de ofrecernos un panorama completo de la cuestión. Faltan los núcleos de hispanohablantes existentes en otros países donde el español carece de reconocimiento de lengua oficial: los Estados Unidos (unos 32.300.000), hoy el quinto país del mundo hispánico por el número de hablantes de español y, ya con cifras inferiores al millón, Francia, las islas ABC (Aruba, Bonaire y Curaçao), Canadá, Alemania, Suiza, Australia, Belice, Suecia, Bélgica, Israel, Andorra, Turquía, Islas Vírgenes y Luxemburgo; añádanse las islas Filipinas (1.816.389), Gibraltar (10.061), Guam (783) y parcialmente Marruecos, zonas donde la lengua fue llevada bien desde antiguo, bien en épocas relativamente recientes. Se comprobará de inmediato que la mayoría de hablantes de español como lengua materna se encuentra en regiones americanas (algo más del 90%).

La segunda razón, tan importante como el número de hablantes, es que el español es una lengua relativamente homogénea, lo que significa que, salvo en contadas ocasiones —hablantes muy rurales o manejo de una variedad jergal y marginal— la comunicación entre hispanohablantes de distintas latitudes, tanto si tienen el español como lengua materna o aprendida, es muy fluida y sin graves rupturas comunicativas.

Mientras que estructuras oracionales del tipo 'Yo vivo en Caracas' o 'Todavía no hay teatros suficientes para *esos* artistas llevar su público', se escuchan rara vez en alguna variedad hispanoamericana (en este caso, venezolana y puertorriqueña, respectivamente), el vocabulario ofrece conjuntos de equivalencias bastante más amplios: *camión, micro, colectivo, guagua, bus, ómnibus, autobús* o *banqueta, bordillo, vereda, senda, andén, acera*, y un largo etcétera.

Pero en estos casos, que no dejan de ser numerosos, una importante mayoría de hablantes 'entienden' el término neutralizador —*autobús* y *acera*, respectivamente—, aunque al hablar en su estilo espontáneo no suelen usarlos. En estas ocasiones se habla de 'nómina pasiva', a la que pertenecen las palabras que, aunque no se actualicen en la comunicación habitual, son en cambio descodificadas con facilidad. Es verdad que se trata de procesos de selección que necesitan de una competencia idiomática que vaya mas allá del simple saber dialectal propio. Si este no es el caso, como suele suceder con

hablantes de bajo nivel educativo, no hay reemplazo posible y la comunicación se enfrenta con tropiezos.

En otras ocasiones, al sujeto que escucha términos desconocidos para él—los que pertenecen a ciertas normas dialectales en exclusiva— le queda aún el recurso de poder hacer inducciones textuales si, por supuesto, el discurso o el texto en cuestión ofrece las correspondientes claves semánticas que lo permitan.

Lo que decía arriba sobre los términos *autobús* o *acera* no está basado, por supuesto, en lo que se dice 'en España'. Me explico. Ni *autobús* ni *acera* tienen la virtud de neutralizar las numerosas variantes dialectales (que pertenecen a distintos dialectos geográficos—a veces, sociales—del español) porque sean habituales en las variedades españolas, sobre todo, en las más prestigiosas. La contrastividad necesaria para llegar a estas conclusiones se hace en estos casos con el llamado 'español general', el que *usa* (nómina activa) o *conoce* (nómina pasiva) todo el que habla español, no importa su origen.

Hiroto Ueda y Toshihiro Takagaki, que dirigen desde Tokio el proyecto "Variación léxica del español en el mundo", señalan una serie de datos muy aleccionadores: *auto/automóvil* es palabra usual en Costa Rica, Panamá, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y la Argentina; *carro*, en México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Cuba, la República Dominicana, Puerto Rico, Colombia, Venezuela y Perú; *coche*, en España, México, Paraguay y la Argentina; y *máquina*, en Cuba y la República Dominicana. *Carro* y *coche* son palabras conflictivas porque cambian de significado en lugares diferentes: en América (*coche* suele ser el de caballos; en España, *carro* es el de tracción animal), mientras que *máquina* tiene una dispersión geográfica muy reducida. Ninguna de estas tres pertenece al español general. Solo *auto/automóvil* lo es, no solo por su amplio índice distributivo de uso, ni tampoco porque no confluye con ningún otro contenido semántico que acarrearía confusiones comunicativas, sino por ser palabra que, aunque usada principalmente por el 36,5% de los hablantes nativos (frente al 60,2% de *coche*), es la que *comprenden* 'todos' inequívocamente.

No todas las palabras de nuestra lengua, por supuesto, tienen equivalencias indiscutibles en el español general, como suele suceder en todas las lenguas de gran extensión y de muchas variedades dialectales. Es el caso, por ejemplo, de la voz para designar la 'pieza, generalmente en forma de aro, con la que el conductor dirige un vehículo automóvil': *dirección* es la más usada en México; [el] *guía*, en la República Dominicana y Puerto Rico; *manubrio*, en Venezuela, Chile y la Argentina; *manivela*, en Costa Rica; *timón*, en Guatemala, El Salvador, Panamá, Cuba, la República Dominicana, Colombia y Perú; *volante*, en España, México, la República Dominicana, Puerto Rico, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y la Argentina. Aunque *volante* sea la forma más frecuente (al hablar o escribir) entre el 79,8% de los hablantes nativos de español, no es comprendida con facilidad por el resto de esta comunidad idiomática, a menos que el contexto lo precise. *Volante* es palabra polisémica, es decir, que posee muchos significados diferentes, como demuestran las 14 acepciones generales que trae el *Diccionario* académico, más las cuatro que considera regionales y, además, presenta restricciones semánticas en algunos países, como México, en donde solo se aplica a lanchas o a barcos.

La norma general hispánica, como se ve, no está formada del todo, pues, aun siendo cierto que a ella pertenece una gran cantidad de términos, otros están en vías de solución. Parece cierto que los grandes medios de comunicación panhispánicos y las Academias tendrán mucho que decir en este sentido.

Estas dos circunstancias pilares —la cantidad de hablantes y la relativa homogeneidad de la lengua—, entre otras, motivan un decidido interés hacia nuestra lengua tanto por parte de propios como de ajenos. Existen muchos factores económicos, laborales y culturales que sirven de incentivos para su adquisición. Ya de por sí, las llamadas industrias de la lengua —enseñanza de español a extranjeros y todo lo que ella trae aparejado (estancias, matrículas, materiales, publicaciones, profesorado, programas informáticos, etc.)— mueven hoy una cantidad importante de dinero: en España, por ejemplo, constituyen el 12% del producto interior bruto.

Lo más interesante, sin embargo, es que el porvenir no podría ser más halagüeño para la lengua española. Por una parte, la demografía crece sin

cesar. Es hoy la cuarta lengua más hablada del planeta, pues la utiliza el 5,7% de la población mundial, pero las proyecciones hechas por la *Britannica World Data* para 2030 nos dicen que seremos el 7,5% de todo el mundo (un total de 535 millones), muy por encima del ruso (2,2%), del francés (1,4%) y del alemán (1,2%), lo que indica que para entonces solo el chino superará al español como grupo de hablantes de lengua materna. Los Estados Unidos, por ejemplo, se habrán convertido en 2050 (por el número de sus hablantes) en el primer país hispanohablante del mundo, aún por encima de México.

Mientras que estos datos pueden manejarse con (relativa) seguridad, no ocurre lo mismo con los hablantes de español como lengua extranjera. Hay cifras indicadoras, algunas muy aplastantes, de la realidad actual, y sobre ellas y otros índices, proyecciones para un futuro inmediato. El Ministerio de Educación de Brasil, por ejemplo, calcula que dentro de 10 años, ese país contará con unos 30.000.000 de hablantes de español como lengua extranjera. Por otro lado, el número de individuos que lo estudia en estos momentos en todo el mundo —de manera regida por la escuela o por otras vías— se no escapa del todo. Son buenos indicios, sin embargo, el hecho de que el 60% de los estudiantes universitarios de los Estados Unidos que aprenden lenguas extranjeras, seleccionen el español, y que el Instituto Cervantes haya sobrepasado ampliamente las 100.000 matrículas en sus centros de todo el mundo.

Si no cambian los rumbos, es muy posible que dentro de tres o cuatro generaciones el 10% de la población mundial se entienda en español, sean o no hispanohablantes de nacimiento. Bien, pero ¿qué español hablaremos entonces?

Vivimos en un mundo diferente, muy diferente, del que conocíamos hace apenas 20 años. No cabe duda de que a ello ha contribuido un importante cúmulo de sucesos, inventos, descubrimientos y un largo etcétera. Sin embargo, en la aparición de este nuevo estado de cosas, no ha sido escasa la colaboración de Internet y de la televisión. La auténtica revolución que han producido en el campo de las comunicaciones es colosal; no en vano, algunos estudiosos no se han resistido a comparar este momento con el de la invención de la imprenta, hace ya 500 años.

Internet, “el medio de comunicación masiva más democrático inventado hasta la actualidad” (Ávila, 2001), que “ejerce una fuerte seducción sobre sus usuarios con tres armas de máxima aplicabilidad: gratuidad, comodidad e inmediatez” (Andión, 2001), nos ofrece una larguísima serie de materiales desde cualquier lugar del mundo. La Malla Mundial Mayor (mmm) —como se traduce al español World Wide Web (www)— une lo gráfico (textos, foto y video) con lo auditivo (música) y lo visual y auditivo (video) y nos lo presenta en casa, no importa cuál sea su lugar de origen ni el momento de su producción. Estamos, pues, ante la fusión de la imprenta (textos), la radio (sonido), la fotografía y el cine (imágenes en movimiento y sonido).

Igualmente la televisión nos abre hoy puertas, insospechadas en los momentos de su invención, gracias a su extraordinaria internacionalización. El que podamos ver, en tiempo real, cualquier suceso desarrollado en el más remoto confín del mundo es una especie de milagro laico, que debemos a la ciencia, a los satélites y a las antenas parabólicas.

En efecto, cualquier hombre que no viva en lo más intrincado de una selva agreste o en medio de un dilatado desierto está hoy (y mucho más lo estará mañana) potencialmente rodeado de un sinfín de instrumentos de comunicación masiva, que podrían hacerle llegar cantidades ingentes de información. Solo en el mundo hispanico, es enorme el número de aparatos radiofónicos de que se dispone; la onda corta difunde más y más programas, incluso aquellos que habían sido creados para consumo nacional. La televisión también se internacionaliza y llega cada vez a más sitios: en Hispanoamérica el 90% de los hogares dispone de al menos un televisor, que permanece encendido el tiempo equivalente a una jornada de trabajo diaria, unas tres horas al día por cada usuario. En la América hispana, incluyendo Las Antillas, el número de usuarios de Internet es, al día de hoy, de 18.068.919.

En España, a finales de 1995, había unos 100.000 usuarios de Internet; en 1996 eran 802.000, un 2,4% de la población de más de 14 años. En nuestros días (diciembre de 2005) suman 14.590.180, lo que significa que, desde el año 2000 hasta finales de 2005, los usuarios de este país han experimentado

un crecimiento de un 170,8%. En México, que junto con España pertenece a la lista de los 20 países líderes en el mundo electrónico, los usuarios eran (al 31 de marzo de 2005) 12.250.000, lo que indica un crecimiento de un 351,6% en estos últimos cinco años.

Es evidente que tales sistemas de comunicación necesitan de soportes lingüísticos. El espectacular desarrollo del uso del español en estas autopistas de la información de los últimos años ha magnificado su importancia en el mundo actual. Esta circunstancia conlleva, sin embargo, diversos requisitos, que han sido juzgados de manera muy desigual. Es un hecho incuestionable que para que una lengua viaje con éxito por las ondas tiene que ser 'comprensible' para todos, o, al menos, para la gran mayoría de quienes la conocen en el mundo.

Lo que preocupa a muchos—incluso a los que reconocen estos hechos fundamentales— es que la necesidad de homogeneizar al máximo nuestras variedades dialectales fuerce a crear un 'español neutro' (etiqueta empleada con fuertes matices peyorativos), en el que desaparezcan los rasgos definitorios de la personalidad cultural que esas variedades conllevan.

Se piensa que la búsqueda neutralidad se consigue simplificando la lengua y reduciendo el vocabulario a mínimos insospechados, es decir, a costa de trabajar con una modalidad desleída, raquíca y despersonalizada, y se culpa de este hecho a los resultados de la globalización lingüística que estamos sufriendo. Véase, a manera de ejemplo, el parecer del ensayista argentino Miguel Wiñazki:

“Para algunos, como para el lúcido filósofo español Eduardo Subirats, los medios de comunicación por su propia lógica productiva (por el hecho de que deben ser concisos y claros) tienden a poner en cuarentena el lenguaje, a congelarlo, a 'desinfectarlo' de la vitalidad de la literatura, por ejemplo, para tornarlo neutro, simplista y por lo tanto artificial. De esta manera, los medios inyectarán en sus audiencias ese vacío que las masifica: 'Es una masa configurada por los *containers* y las autopistas mediáticas, una masa inducida, definida y controlada por el flujo mediático'. Ese control mataría la

lengua, la condenaría a constituirse en una pseudo-lengua, en una ficción semiótica, que simula comunicar cuando solo robotiza audiencias y coloniza el profundo espacio de la palabra con composiciones sintácticas y semánticas, rudimentarias, reiteradas y banales" (*N-Clarín*: 13/11/04).

Preocupa de la llamada globalización, como se ve, la amenaza que supone para las identidades locales. Sin embargo, no conviene magnificar este hecho muy discutible, y sí pensar —como nos recuerda Irene Lozano (2005)— que tal obstinación "puede nublar el razonamiento y provocar despistes respecto a cuáles son los valores que verdaderamente deben ser reivindicados y defendidos: la igualdad, la libertad, la justicia, la tolerancia".

Por otra parte, además de la tan llevada y traída 'simplificación', algunos temen que esa apertura al mundo, esa internacionalización del español pudiera llegar a afianzar el empleo inadecuado e incorrecto de nuestra lengua de que hacen gala —según estos estudiosos— los medios de comunicación de hoy. También en este caso se han hecho desde advertencias moderadas hasta pronósticos apocalípticos y escalofriantes.

La pregunta que surge de inmediato es si realmente se simplifica nuestra lengua. Si la respuesta a esta pregunta fuese positiva, tendríamos que preocuparnos muy seriamente por el futuro de nuestra lengua, ya que, dado el poder de los medios, transmitiríamos a las próximas generaciones de hablantes, un español esquelético y despersonalizado.

Gracias al proyecto *DIES-M (Difusión Internacional del Español en los Medios)* y a sus avances, nos es posible hoy revisar lo que sucede con la riqueza léxica de textos periodísticos, radiofónicos y televisivos del mundo hispánico. El proyecto, que dirige desde El Colegio de México Raúl Ávila, cuenta con el apoyo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad Autónoma Metropolitana, y con la colaboración entusiasta del Grupo Televisa (que junto al grupo argentino Clarín, son los dos colosos de la comunicación en Hispanoamérica), el Instituto Mexicano de la Radio y la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía de la Secretaría de Gobernación.

De las radios locales estudiadas, Radio Almería cuenta con un índice de riqueza léxica de 66,6 (Antonio María López González, 2001); de las nacionales, Radio Nacional de España, 67,2 (Ana María Ruiz Martínez, 1999); XEB de México, 67 (Raúl Ávila, 2001); las de Costa Rica, 67,1 (José Alberto Barahona Novoa, 1996) y RCN de Colombia, 66,7 (Marina Parra et alii, 1999).

En cuanto a la televisión nacional, Televisión Española arrojó índices de riqueza léxica de 68,1 (María Luisa Florián López, 1999), XEWTV de México, de 66 (Raúl Ávila, 2001) y Telenoticiero AM& de Colombia, de 68,6 (Marina Parra et alii, 1999). Las de carácter internacional: 69,6 CNN en Español y 67,8 ECO. Son las densidades máxima y mínima, pero el promedio de las cinco estaciones estudiadas dio un 68,6 (Raúl Ávila, 2001).

La prensa colombiana —*El Tiempo*— obtuvo una densidad de 68,4.

Claro que la interpretación de estos datos necesita de puntos de comparación. Por ello, Raúl Ávila (2001) analiza cuidadosamente dos conjuntos de datos: de una parte, un ensayo (escogido al azar) de Carlos Fuentes, *Tiempo nublado* y, para la lengua hablada de México, tres niveles de realización: culto, medio y popular. La riqueza léxica de este texto del reconocido escritor mexicano fue de 69,7. En la lengua hablada de ese mismo país los datos son los siguientes: nivel culto: 68,5; nivel medio: 62,5; nivel popular: 56,5. Se comprobará con facilidad que los índices de riqueza léxica de los medios examinados están muy cercanos tanto al texto literario como al de los niveles más altos de la lengua oral. ¿Dónde está, por lo tanto, la *pobreza léxica*?

Como colofón a estas comparaciones, Ávila (1999) concluye que, si se unen textos de una densidad de 68,5 hasta llegar a un número de 100.000 palabras gráficas, se obtienen cerca de 5.000 vocablos (palabras diferentes), cifra que corresponde al léxico manejado (al margen del de la especialidad de cada quien) por una persona culta, como han demostrado una y otra vez los estudios recientes sobre léxicos básicos.

Otro dato de interés. Una revisión de las fechas de los trabajos aducidos nos lleva a una primera fecha de publicación: 1996. No es necesario insistir

en que esas fechas hay que retrasarlas hasta el momento de recogida de los materiales que sirven de base al análisis. En los casos colombianos, por ejemplo, aunque el libro de Marina Parra y sus colaboradores sale de las prensas del Instituto Caro y Cuervo en 1999, las muestras de Radio Sucesos de RCN (Radio Cadena Nacional) y del periódico *El Tiempo* se recogieron durante 1993, y la de Telenoticiero CM& (Centro de Medios de Información), al año siguiente. No hay posibilidad de argumentar que estos índices de riqueza léxica sean recientes, sino que vienen desde hace unos 10 años. Esta confrontación de hechos con datos muy actuales nos permite concluir que en los últimos dos lustros (por lo menos) se han mantenido sin alteración los índices de riqueza léxica de los medios: ¿dónde ha estado la globalización que no ha hecho aquí sus funestos estragos?

En la televisión, el 91,4% de los vocablos de la muestra (de 1.877 vocablos, 'palabras diferentes') correspondía al español general; entre los que no fueron contabilizados como 'generales' estaban *antisequestro*, *distrital*, *extramatrimonial*, *fundamentalista*, *gravable*, *habitacional*, *interinstitucional*, *insurgencia*, *normatividad*, *redefinir*, *reestudiar*, *subfacturado*, etc.

Marina Parra y sus colaboradores (1999) nos informan de que en la prensa la situación es muy parecida: del total de 2.104 vocablos que integraban la muestra, el 92,3% eran generales en español; el restante 7,7% estaba integrado por palabras como *ameritar*, *sortear*, *ausentismo*, *isleño*, *tramitomanía*, *samperismo*, *samperista* (del presidente Samper), *registraduría*, etc. Hace más de dos lustros, y la situación no ha cambiado en absoluto: el español manejado por los medios colombianos era —y es— mayoritariamente el general, el compartido por todos; los vocablos locales (o tenidos por tales) alcanzan menos de un modesto 10%.

Pero no se trata solo de Colombia. Estudios lexicoestadísticos muy solventes nos demuestran una y otra vez que existe una unidad sobresaliente entre las diversas variedades de nuestra lengua. Juan Miguel Lope Blanch (2000), en un recuento de 133.000 vocablos seleccionados del habla de Madrid, descubrió que el 99,9% era vocabulario común a México; las palabras que disonarían en ese país hispanoamericano alcanzarían apenas un 0,1% del total. En resumen, que Madrid y México coinciden casi en un 100% con

el vocabulario de la norma culta del español general. Por otra parte, el ya citado Raúl Ávila (1994), que analizó un total de 430.000 palabras utilizadas en la radio y en la televisión mexicanas, concluyó que el léxico general hispano que se encontraba en ese corpus correspondía al 98,4% del total; es decir, que el vocabulario diferencial obtenía un porcentaje residual: 1,6%. ¿Está o no está unificado el vocabulario del español culto?

No en vano el maestro Ángel Rosenblat, tan temprano para estas discusiones como en 1967, afirmaba sin ambages: “Frente a la diversidad inevitable del habla popular, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España”, y no tenía a la mano las estadísticas de que hoy disponemos.

Ante estos hechos nos volvemos a preguntar —ya lo hizo hace apenas unos meses Juan Ramón Lodares (2005)— si estas coincidencias léxicas son un invento de las grandes cadenas de televisión, si Televisa, por ejemplo, crea un español especial para que todos sus televidentes entiendan sus programas, o si se trata más bien de todo lo contrario. ¿No será más bien que la variedad culta del español que se habla en México (y en todas partes) es imitada por la televisión hispánica internacional? ¿No ocurrirá que los medios utilizan una variedad general que saben que sirve para que todos nos comuniquemos sin problemas? ¿Quién imita a quién?

Lo que está claro es que no resulta necesario, no ya viajar, sino tan siquiera moverse uno de su casa para tener acceso —no como en antaño— solo a productos locales, sino a textos orales o escritos procedentes de todo el mundo hispánico y aun de fuera de él. En un programa radiofónico español de los de micrófono abierto escuché a una señora de un pequeño pueblo de la sierra de Huelva decir (a propósito de unos consejos dados por la ministra del ramo en la época de las ‘vacas locas’): “eso es muy *chévere*, como dicen en las telenovelas”.

Y en un divertido estudio de Gregorio Salvador (1995), el académico comenta muy atinadamente una serie de casos reales en los que hablantes españoles usaban con toda normalidad algunos americanismos aprendidos en las telenovelas de moda en el país: las chicas de Burgo de Osma que

frente a un escaparate de la ciudad calificaban unos zapatos de *chéveres*; la refinada señora que le pedía por favor que *agarrara* la copa; la vecina que se quejaba amargamente de su marido, al que tachaba de *malagradecido*, porque se adueñaba del televisor para ver el Tour de Francia en momentos en que daban *Abigail*, cuando ella siempre le había dejado ver el fútbol de los sábados; se lo había echado en cara, y él se había puesto más *bravo* que nunca. Y después de dictar esa conferencia, cuando la telenovela de moda en España era la chilena *Machos*, escuchó a una jovencita que le decía a otra: "Pepe y yo estamos *pololeando*".

Y así *abusador* por 'abusón', *anestesiólogo* por 'anestésista', *loqueras* por 'locuras', *llamado* telefónico por 'llamada' telefónica, *sindicalero* por 'sindicalista', y muchos ejemplos más. Hablantes, ellas y ellos, espectadores fieles y asiduos de *Cristal*, de *Manuela*, de *Betty la fea*, y de tantas otras. No causa la menor sorpresa que se haya llegado a publicar un *Diccionario chévere*, que, aunque solo recoge 43 términos, llevaba el siguiente reclamo: 'Válido para entender todas las telenovelas'. Su publicación se hizo en 1992; hoy sería innecesario.

No siempre, desde luego, las palabras 'extrañas' pasan a la competencia activa de los usuarios (como en los ejemplos anteriores), pero todos los programas radiofónicos o televisivos, y la lectura de textos en papel o en Internet, terminan por ampliar la nómina pasiva de oyentes, telespectadores y lectores.

Hace tan solo unos 10 años, era rarísimo encontrar en Hispanoamérica un conocimiento pasivo de la palabra *grifo*, por ejemplo, en el sentido de 'espita de agua'. Con este significado, había entrado en el caudal común de nuestra lengua en el siglo XVIII pero solo en la variedad española. En los países de aquellas latitudes se manejaba y se maneja una amplia variedad de formas: *caño*, *canilla*, *chorro*, *llave*, *pluma*, etc. Pero los programas de televisión procedentes de Madrid, originales o doblados, iban presentando *grifo* con auténtica disciplina casi militar (aunque sin proponérselo), puesto que en esta variedad *grifo* 'es' la palabra. No diré que ahora se usa *grifo* en ciertas zonas americanas, porque no es cierto; pero sí lo es el hecho de que, cuando alguien dice *grifo*, ya hay muchas personas que 'entienden' de qué se trata.

Es algo que he podido comprobar personalmente en diversos viajes a Centroamérica y a México.

¿Qué indica este dato aislado? Que la exposición que hacen los medios de una zona en otra(s) no se limita a cuestiones de información, sino que llega también a asuntos idiomáticos. Salta a la vista del viajero más distraído que algunos camareros de Guatemala, El Salvador y Honduras, por ejemplo, poseen unos saberes asombrosos sobre el fútbol español, las ligas, los cambios, los despidos y las compras de jugadores, los triunfos de cada equipo y el estado actual de cada uno de ellos en su respectiva categoría (cosa que no deja de asombrarme, ignorante como soy de todas esas cosas), pero además entienden preguntas como “¿Se puede consumir aquí el agua del grifo?”. O te traducen una palabra o una expresión local al ‘español de España’: *carro*, “en España le dicen *coche*”; *cuarto*, “habitación en España”, *cuadras*, “o *calles*, como dicen en España”, etc.

¡Excelente! Todo lo que sea ampliar la nómina pasiva del léxico de un hablante de español es un signo muy positivo. Esos hablantes conservarán en su habla habitual ‘sus’ propios términos y, salvo que hablen con un español, los actualizarán de continuo; pero si alguien les habla de *grifos*, de *coches*, de *habitaciones*, entenderán sin la menor dificultad de qué se trata. Y al revés. La comunicación está salvada, que es, sin la menor duda, lo importante.

Si se quiere llamar a esto globalización, cuando se trata de un abigarrado conjunto de factores, pase. Pero de todos modos habría que insistir, como se ha encargado de hacer muy recientemente Irene Lozano (2005), en que la globalización lingüística tiende a eliminar los privilegios, contruidos gracias a ciertos usos perversos de las lenguas (o de sus variedades), que otorgan a sus hablantes dominación o primacía. Las barreras idiomáticas —no se trata de nada nuevo— suelen permitir, entre otras cosas igualmente nefastas, el control del poder.

“Todas las puertas y las ventanas, nos dice atinadamente la autora de *Lenguas en guerra*, se han abierto, los mares y las montañas han dejado de constituir un obstáculo, y las distancias, aunque sean de miles de kilómetros, no ponen ya límites a la comunicación humana. Pero eso no tiene por qué

constituir un peligro. Antes al contrario, si se sabe arbitrar la convivencia, lo que otorga son enormes posibilidades de intercambio, conocimiento y desarrollo personal”.

Y termino.

No está de más subrayar una y otra vez que una de las responsabilidades de lenguas como la nuestra —aunque todas sean igualmente respetables— es que “pueden ser vehículos de comunicación de grandes grupos humanos en defensa de sus intereses, sus derechos y su bienestar”. Mantengamos entre todos esa noble función.

#### BIBLIOGRAFÍA

ANDIÓN, María Antonieta. “La lengua en la prensa española e hispanoamericana en Internet: el fantasma de la diferenciación”, *Español Actual* 76: 71-92. 2003.

ÁVILA, Raúl. “El lenguaje de la radio y la televisión: primeras noticias”, II Encuentro de lingüistas y filólogos de España y México, 101-117. Salamanca: Universidad de Salamanca. 1994.

——— “Televisión internacional, lengua internacional”, en *La lengua española y los medios de comunicación*, 911-930. 1999.

——— “Los medios de comunicación masiva y el español internacional”, II Congreso Internacional de la Lengua Española, 16-19. Madrid: Instituto Cervantes. <http://cvc.cervantes.es/ofref/congreso/valladolid/ponencias/unidad-diversidad.../avila-r ht>. 2001.

BARAHONA NOVOA, José Alberto. *Léxico básico de la radio costarricense* (Tesis de postgrado), San José: Universidad de Costa Rica. 1996.

- FLORIÁN LÓPEZ, María Luisa. "El léxico de la televisión", *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, 1007-1014. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de la Palmas. 1999.
- JARA, José Rubén. "Las audiencias de televisión en español en América Latina" [sic], en *La lengua española y los medios de comunicación*, 1005-1008. 1998.
- La lengua española y los medios de comunicación*, 2 vols. México-Madrid: Secretaría de Educación Pública —Siglo XXI Editores— Instituto Cervantes.
- LODARES, Juan Ramón. *El porvenir del español*, Madrid, Taurus. 2005.
- LOPE BLANCH, Juan Miguel. "Diversidad léxica y uniformidad gramatical. En torno al porvenir de la lengua española", *Revista de Filología Española*, 80: 201-214. 2000.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Antonio María. *El lenguaje radiofónico de la ciudad de Almería. Estudio sociolingüístico* (Tesis doctoral), Almería, Universidad de Almería. 2001.
- LÓPEZ MORALES, Humberto. *La globalización del léxico hispano*, Madrid: Espasa Calpe. 2006.
- LOZANO, Irene. *Lenguas en guerra*, Madrid: Espasa-Calpe. 2005.
- Microsoft. *Enciclopedia Encarta*: [www.microsoft.com/latam/encarta](http://www.microsoft.com/latam/encarta). 2001.
- PARRA, Marina et alii. *Difusión internacional del español por radio, televisión y prensa*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 1999.
- ROSENBLAT, Ángel. "El futuro de la lengua", *Revista de Occidente*, 56-57: 155-191. 1967.

RUIZ MARTÍNEZ, Ana María. "Evaluación de la riqueza léxica y características del vocabulario en la radio española", *Actas el XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, 1265-1271. Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas. 1999.

SALVADOR, Gregorio. *Un vehículo para la cohesión lingüística: el español hablado en los culebrones*, Burgos, Caja de Burgos, Aula de Cultura. 1995.